



Tierra, capital y trabajo en el proceso de reestructuración neoliberal de la agricultura

Alessandro Bonanno ▶
Sam Houston
State University,
EEUU

En los más de cien años de la historia del capitalismo, la relación entre la tierra, el capital y el trabajo se ha caracterizado por una sucesión de períodos de equilibrio y crisis que han definido la evolución de esa relación. La crítica marxista de la economía política deja pocas dudas sobre la contradicción entre, de un lado, la ideología burguesa, cuyo principio fundamental es la existencia de un sistema económico y social construido sobre la base de la cooperación y el intercambio de bienes, y, de otro lado, los desequilibrios generados en las relaciones de mercado en todo lo relativo a la dominación y a la explotación.

Esta situación de desequilibrio estructural ha requerido históricamente determinados tipos de intervención para legitimar el poder de las clases dominantes, ya sea mediante acciones socioeconómicas (legitimación material), ya sea mediante acciones de tipo cultural (legitimidad ideológica). En ambos casos se ha intentado crear sistemas hegemónicos en los que la ideología y la política de las clases dominantes sean compartidas por las clases dominadas. El modo de justificar esas situaciones de desequilibrio y ex-

plotación, así como los mecanismos de control utilizados por dichas clases dominantes, pueden ser usados como claves para comprender las relaciones entre tierra, capital y trabajo que se desarrollaron en el siglo XX y que se vienen desarrollando en estas dos primeras décadas del siglo XXI.

Políticas de *laissez faire* y luchas campesinas

El período del *laissez faire*

Las luchas campesinas que tuvieron lugar a nivel internacional entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, giraron en torno a las contradicciones e inestabilidad de un sistema económico basado en la consideración del trabajo y la tierra como mercancías. En un contexto de políticas de *laissez faire*, la imposibilidad de ajustar la desequilibrada relación entre la tierra, el capital y el trabajo dio lugar en aquellos años al desarrollo, por un lado, de acciones violentas de represión política por parte de los poderes públicos dominantes, y, por otro, a la adopción de medidas



▼
Los factores esenciales del sistema capitalista, como la tierra, el capital y el trabajo, no existen en el estado de naturaleza, por lo que son elementos socialmente construidos en el capitalismo

de expulsión física (impulsando el éxodo y la emigración).

Para el campesinado, a la violencia ejercida por los ejércitos y las policías nacionales se le añadiría la “salida obligada” de la emigración. En el caso italiano, la llamada “edad Giolitti” (años previos a la Primera Guerra Mundial) estuvo centrada en un proyecto hegemónico basado en la participación de las emergentes fuerzas socialistas en un gobierno que veía en la violencia física y en la emigración transoceánica la respuesta a la falta de redistribución de la tierra, a la concentración del capital y la propiedad, y a la pobreza extendida por todo el medio rural. Experiencias similares se habían utilizado para apagar situaciones similares en otros países, como Reino Unido, Francia y Alemania, donde se utilizó la emigración a las colonias para dar salida a la incómoda presencia en el medio rural de los numerosos contingentes de campesinos y asalariados agrícolas provocada por las relaciones dominantes de producción.

Todo esto tuvo lugar en un contexto en el que el valor social de la tierra, como objeto y sujeto del trabajo campesino, aumentó bruscamente. Karl Kautsky, analizando al final del siglo XIX el programa agrario de la socialdemocracia europea (Kautsky, 2007), señalaba la importancia del campesinado no solo en términos económicos y de estabilidad social, sino también, y sobre todo, como un actor social y político capaz de cons-

truir alternativas. Afirmaba Kautsky que disponer en el campo de un ejército de reserva para el sector industrial era un elemento clave para el crecimiento económico general, lo que significaba un tema relevante de reflexión en las filas socialistas sobre el papel a desempeñar por el movimiento campesino y de asalariados agrícolas dentro del socialismo de aquellos años.

La dificultad de *laissez faire* para controlar las contradicciones que se desarrollaban en un sistema que proclamaba la posibilidad de un crecimiento social y económico estable, pero que se basaba en la apropiación privada del beneficio, se veía agravada por el crecimiento de los monopolios (en forma de concentración o centralización del capital) tanto en la industria como en la agricultura, y por el aumento de los sistemas proteccionistas. Contradiciendo los principios del *laissez faire*, la economía mundial se había estado desarrollando de tal manera que las condiciones definidas por la teoría económica eran muy diferentes de las que existían en la realidad.

Paradójicamente, las acciones de intervención necesarias para regular el desarrollo socioeconómico tenían muy poco que ver con el libre (y autónomo) funcionamiento de las leyes de la oferta y la demanda. Según John Dewey, en su ensayo sobre el liberalismo (Dewey, 2000), la crisis del sistema del *laissez faire* estaría motivada no solo por el crecimiento de los monopolios y el proteccionismo, sino también por la incapacidad del sistema sociopolítico para crear las condiciones adecuadas para facilitar la participación de los ciudadanos en las relaciones de competencia. Muchos grupos, entre ellos los campesinos y los asalariados agrícolas, eran visiblemente explotados y marginados del sistema económico. En el análisis de esa época, Michel Foucault habla de una crisis de gobernabilidad del Estado liberal (Foucault, 1984).

El periodo de entreguerras

Karl Polanyi pone el acento en los problemas del liberalismo en el periodo de entreguerras, no solo en lo que se refiere a la falacia y falsedad del concepto de “libre mercado”, sino también a los límites que imponía el patrón oro al desarrollo económico, debido al hecho de exigir una correlación directa entre la cantidad de dinero en circulación en un país y las reservas de oro disponibles. En cuanto al libre mercado, Polanyi demuestra la falsedad de la idea de que el mercado

es un producto natural: los mercados de cualquier tipo, dice, no pueden existir sin la intervención constante del Estado, que es el que define sus pautas de funcionamiento.

Asimismo, los factores esenciales del sistema capitalista, como la tierra, el capital y el trabajo, no existen en el estado de naturaleza, por lo que son elementos socialmente construidos en el capitalismo. El Estado y el sistema económico, concluye Polanyi, son los que construyen esas estructuras que la teoría del *laissez faire* definen, en cambio, como instituciones naturales. En cuanto al *patrón oro* (sistema que fue abandonado después de la Segunda Guerra Mundial), demuestra Polanyi cómo este sistema no permitía que las inversiones y los gastos públicos excedieran la cantidad de oro disponible. De hecho, y para evitar situaciones económicas insostenibles, como la inflación devastadora que se produjo después de la Primera Guerra Mundial en países como Alemania, esta exigencia era un límite infranqueable.

Por lo tanto, acciones de legitimación material centradas en políticas de redistribución de la riqueza eran prácticamente imposibles de implementar en el marco del *patrón oro*. En una situación de alta conflictividad social y de crecimiento del movimiento socialista en las ciudades y en el campo surgieron en varios países sistemas de control social mediante el uso de la violencia como respuesta de los grupos capitalistas a las demandas de los trabajadores (ese fue el caso de Italia con el fascismo, de Alemania con el nazismo o de España con el franquismo). Las luchas

campesinas que se habían extendido en los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial, se extinguieron como consecuencia de este tipo de violencia.

La fase de la modernización: posguerra y fordismo

Al final de la Segunda Guerra Mundial, la relación capital/trabajo adquirió una nueva dimensión. Por primera vez en la historia reciente del capitalismo, la fuerza del movimiento obrero y de sus expresiones políticas (partidos de izquierda y sindicatos) había llegado a un punto en que podía condicionar las decisiones del capital, tanto en el sector industrial como en el agrario. Como señala Wolfgang Streeck (2014), en la relación capital/trabajo, la tendencia es que el poder esté siempre en manos del capital, especialmente en tiempos de crisis económica. Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial esta situación quedó alterada por al menos tres razones.

En primer lugar, porque la Gran Depresión de los años treinta y la caída de la demanda que la había caracterizado, representaban situaciones que debían ser evitadas a toda costa por la clase empresarial. En segundo lugar, porque las experiencias totalitarias del periodo de entreguerras, aunque significaron un apoyo directo del gran capital, resultaron desastrosas para el crecimiento global del capitalismo, además de una barrera al crecimiento espacial de las relaciones de producción, dificultando el proceso de globalización. En tercer lugar, porque la guerra y los movimientos de resistencia al nazismo y fascismo habían creado una fuerza socialista-comunista de gran empuje en el mundo occidental que contribuía a cimentar la fuerza del bloque soviético a nivel mundial.

Reestructurada bajo la teoría de la modernización, la relación tierra/capital/trabajo se reconfigura mediante la introducción de las políticas económicas keynesianas, la búsqueda de un equilibrio intrasectorial (promoción del desarrollo tanto en la industria como en la agricultura) y el pleno empleo, pero, sobre todo, mediante la intervención del Estado para regular el capitalismo (de ahí el nombre de “capitalismo regulado”) y controlar sus aspectos negativos. Conocido como “fordismo”, los años que van desde 1945 a 1975 representaron un periodo de gran crecimiento económico, periodo que el economista francés Thomas Piketty denomina “los treinta gloriosos” (Piketty, 2013). En ese periodo, la relación



▼
En la agricultura, los procesos de redistribución de la tierra (en algunos países a través de reformas agrarias), así como las inversiones en infraestructuras y las políticas de apoyo a la renta de los agricultores, tuvieron efectos importantes. Al mismo tiempo, el crecimiento de la industria impulsó procesos de emigración del campo a la ciudad, que redujeron drásticamente el número de trabajadores en el medio rural



capital/trabajo adquirió un dimensión en favor del trabajo como no se había producido antes. Aunque las contradicciones continuaron siendo fuertes y la distancia socioeconómica entre las áreas desarrolladas y las subdesarrolladas no disminuyó, lo cierto es que las políticas de intervención estatal crearon condiciones positivas para las clases más bajas de la sociedad.

En la agricultura, los procesos de redistribución de la tierra (en algunos países a través de reformas agrarias), así como las inversiones en infraestructuras y las políticas de apoyo a la renta de los agricultores, tuvieron efectos importantes. Al mismo tiempo, el crecimiento de la industria impulsó procesos de emigración del campo a la ciudad, que redujeron drásticamente el número de trabajadores en el medio rural. A nivel político-cultural, el acceso a la propiedad de la tierra fue reconocido no solo como una aspiración, sino principalmente como un derecho de los trabajadores agrícolas. Vistos desde los teóricos del funcionalismo como una vía de resolver el conflicto entre el capital y el trabajo, estos procesos de redistribución de los recursos y de la renta se tradujeron en actos de legitimación del sistema capitalista, que veía en la idea de la modernidad la solución a los problemas de “atraso” del medio rural y de la agricultura.

El giro neoliberal

En los años setenta del pasado siglo XX se asistió a la crisis del fordismo. El sociólogo estadou-

nidense James O'Connor teorizó sobre la crisis fiscal del Estado fordista (O'Connor, 1973), al tiempo que el filósofo alemán Jürgen Habermas señalaba que la incapacidad del Estado para corregir la crisis reducía el grado de legitimidad social del sistema de “capitalismo regulado” (Habermas, 1973).

Más específicamente, el proyecto de modernización basado en el productivismo habría creado excedentes, tanto a nivel productivo como laboral, y habría provocado, además, una crisis ambiental que no tenía fácil solución. La idea de una estructura agroalimentaria que produjera mucho y a bajo coste y que alimentara a la población urbano-industrial se había transformado gradualmente en un sistema que dañaba el medio ambiente y perjudicaba la salud, hasta el punto de surgir enfermedades a gran escala, como las cardiovasculares, las ligadas a la obesidad o las cancerígenas. Este sistema basado en la producción de excedentes, en elevados costes y en el deterioro del medio ambiente y la salud comenzó a recibir críticas, tanto desde la derecha como desde la izquierda política. La crítica al fordismo desde la izquierda se centraba en su dimensión de clase, en su tamaño, en la magnitud de los residuos y en el proyecto de dominación político-cultural en que se basaba. La crítica desde los sectores de la derecha conservadora se centraba paradójicamente en muchas de esas mismas objeciones y, en particular, en la ineficiencia y corrupción de los organismos estatales y en el despilfarro que derivaba de ellos. Mientras que la izquierda fue incapaz de proponer una



alternativa unificadora, la crítica de las fuerzas conservadoras se agrupó en torno al proyecto del “neoliberalismo”.

La teoría del neoliberalismo

Teorizado en los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial, el neoliberalismo rechazaba no solo las políticas y teorías keynesianas, sino también la idea liberal clásica del *laissez faire*. El neoliberalismo no es, por tanto, el liberalismo clásico. Para los neoliberales, la competencia del mercado y su libre funcionamiento son las soluciones a los problemas generados por el “capitalismo regulado”. El Estado debe intervenir no para regular el mercado, sino para crear las condiciones que permitan que funcione libremente. En esta visión, la competencia basada en el individuo libre para actuar y responsable de sus actos conduce a una asignación más eficiente de los recursos y a un sistema realmente meritocrático.

Por tanto, las diferencias de clase, en lugar de ser un problema, son los resultados beneficiosos de la competencia, que permite distinguir los valores reales en la economía y en la sociedad. En este sistema, cada individuo se convierte en capital humano que debe ser puesto en valor a través del mercado. La responsabilidad individual reemplaza a la colectiva patrocinada por el Estado. Atacando las políticas de ayuda a la agricultura y a los productores familiares, pensadores neoliberales, como M. Friedman y F.A. Hayek, argumentaron en favor de la apertura de los mercados agrícolas y del mercado de la tierra. En su esquema, las personas se reducen a meros productores y consu-

midores, cuya relación encuentra su justo equilibrio en el equilibrio del mercado.

El neoliberalismo en la agricultura

Desde la óptica del neoliberalismo, los agricultores y sus familias se han de convertir en productores que deben adoptar la lógica de la racionalidad del mercado y abandonar esas otras formas de racionalidad que han formado históricamente parte de la agricultura familiar y campesina o que han inspirado visiones alter-

nativas del funcionamiento económico. Al mismo tiempo, la tierra se ha de convertir no solo en un factor de producción, sino, sobre todo, en un valor de mercado cuya dimensión financiera es su base fundamental.

En respuesta a esta lógica de “financiarización”, el factor tierra es valorado desde una óptica “cortoplacista”, es decir, por su valor en el mercado de capitales, y no por lo que representa en términos sociales y/o culturales para los agricultores. De acuerdo con esa misma lógica, los ciudadanos pasan de ser percibidos como seres humanos, sociales y políticos a ser considerados meros consumidores. La lógica del consumo se convierte en la única forma de racionalidad posible, no solo a nivel comercial, sino también en el nivel ético, condicionando cualquier construcción de sistemas alternativos. Así, la definición de lo que debe ser un comportamiento ético fue trasladada por la ideología neoliberal desde el ámbito de “lo público” al ámbito de “lo privado”, quedando sometida a la lógica dominante en el mercado. De este modo, un comportamiento es calificado como éticamente “bueno”, desde el punto de vista del neoliberalismo, si es un “buen” comportamiento a la luz de la lógica del mercado.

Trasladando ese tipo de razonamiento al sistema agroalimentario, la ética significa que las empresas agrarias se comportan como “buenas” empresas en el mercado aplicando la racionalidad económica inherente al sistema capitalista. En términos de posibles alternativas, estas solo pueden buscarse en el ámbito del mercado, debiéndose abandonar cualquier otro modelo alternativo de organizar la producción sobre bases sociales. En otras palabras, el mercado se convierte en el elemento dominante de organización del

sistema económico y en el principio en torno al cual debe desarrollarse cualquier alternativa.

Conclusiones

Aunque la teoría neoliberal parte del supuesto de considerar la tierra, el capital y el trabajo como factores naturales (es decir, factores dados por la naturaleza), lo cierto es que la historia nos demuestra que esos factores son construcciones sociales, y que por ello no pueden ser tratados desde una posición de neutralidad y naturalidad. Como se ha señalado, hace más de setenta años, Karl Polanyi afirmaba que la idea de que el mercado funciona libremente no es más que un mito. Sin embargo, esta idea es la que alimenta aún hoy la ideología que permite legitimar el dominio del sistema de libre mercado y hace que su hegemonía sea aceptada de un modo general en el ámbito político, económico y social.

Con respecto a la hegemonía del principio del mercado, diversos autores (Crouch, 2011; Block y Sommer, 2014; Brown, 2015) hacen hincapié en que el poder de la teoría neoliberal radica en que no solo no tiene teorías alternativas que puedan contradecirla, sino que condiciona la elaboración de las propuestas que puedan oponerse a ella. De hecho, muchos de los enfoques presentados como alternativas se basan o bien en iniciativas de ciudadanos transformados en consumidores o bien buscan soluciones a los problemas estructurales a partir de iniciativas individuales.

A pesar de su gran popularidad y de algunos éxitos de estas “alternativas” (que van desde los modelos agrícolas de base ciudadana a las organizaciones de consumidores o al pensamiento “reflexivo”), lo cierto es que no alteran las relaciones de mercado, que son el fundamento del poder y la fuente de legitimidad del neoliberalismo. De hecho, estas propuestas supuestamente

“alternativas” no alteran el dominio que ejerce el capitalismo global sobre la economía ni la explotación capitalista del factor trabajo, situándose en los márgenes del propio sistema.

Como consecuencia de ello, la perspectiva que se plantea como la “mejor” y la única viable, sigue siendo la de resolver desde dentro las contradicciones del sistema capitalista de mercado, proponiendo para ello un retorno al fordismo (ya sea como neofordismo o como neokeynesianismo).

En ese debate sobre las posibles alternativas sigue habiendo también dudas sobre la viabilidad de las propuestas que apuestan por una vuelta a modelos precapitalistas de producción, como los que plantea La Vía Campesina. En un sistema en el que grandes masas de la población, tanto en los países del Sur como en los del Norte, son expropiadas de sus tierras e impelidas al abandono de la actividad agraria, las propuestas que abogan por un “retorno a la tierra” y por formas directas de aprovisionamiento de alimentos sin pasar por el mercado requieren, al menos, un debate profundo sobre su viabilidad.

En ese contexto permanecen, no obstante, iniciativas que, partiendo desde abajo, tratan de reactivar los modelos de agricultura familiar revalorizando el trabajo agrícola y la propiedad de la tierra. Es la fuerza de estos movimientos la que pone, ahora más que nunca, el foco de atención en la búsqueda de una ideología y una praxis que puedan contrarrestar la hegemonía del neoliberalismo y el dominio del mercado.

Como he tratado de mostrar en este breve texto, sigue abierto el camino hacia la elaboración de propuestas que sean verdaderas alternativas al modelo neoliberal. En este sentido, es necesario subrayar la importancia que pueden tener en ello las ideologías y las iniciativas locales desarrolladas en el marco de procesos no dominados por la lógica dominante del mercado capitalista. ■

▼ Referencias bibliográficas

- BLOCK, F. and M.S. SOMERS (2014), *The Power of Market Fundamentalism*, Cambridge, Harvard Univ. Press.
- BROWN, W. (2015), *Undoing the Demos, Neoliberalism's Stealth Revolution*, New York, Zone Books.
- CROUCH, C. (2011), *The Strange Non-Death of Neoliberalism*, London, Verso.
- DEWEY, J. (2000) [1936], *Liberalism and Social Action*, New York, Prometheus Books.
- FOUCAULT, M. (1984), *Naissance de la Biopolitique*, Paris, Seuil/Gallimard.
- HABERMAS, J. (1973), *Legitimationsprobleme im Spätkapitalismus*, Frankfurt am Main, Suhrkamp.
- KAUTSKY, K. (2007) [1899], *Die Agrarfrage. Eine Uebersicht über die Tendenzen der modernen Landwirtschaft und die Agrarpolitik der Sozialdemokratie*, Stuttgart, Dietz Nachf.
- O'CONNOR, J. (1973), *The Fiscal Crisis of the State*, New York, St. Martin's Press.
- PIKETTY, T. (2013), *Le Capital au XXIe siècle*, Paris, Seuil.
- POLANYI, K. (2001) [1944], *The Great Transformation*, Boston, Beacon Press.
- STREECK, W. (2014), *Buying Time. The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*, New York and London: Verso.